

## “Serpatizantes”

TATIANA  
ACEVEDO  
GUERRERO



EN UN EDITORIAL PUBLICADO EN 1923, el extinto *Diario Nacional* explicó que “el libre examen en religión como en política constituye uno de los principios esenciales del Partido Liberal”. “Eliminada la libertad de opinar”, concluye, “en nada vendríamos a diferenciarnos de los comunes adversarios”. Dos décadas después, Carlos Lozano y Lozano escribió en el *Semanario Sábado* que el Partido Liberal “ofrece tan solo instrumentos de acción destinados a obtener que los pueblos estén siempre mejor que ayer y menos bien que mañana”. En 1944 Luis Cano afirmó en el mismo *Semanario Sábado* que el conservatismo desconfiaba profundamente de la población, y que los liberales ante todo se

definían en oposición a esta práctica.

Entre estas nostalgias se formó Horacio Serpa, quien creció en la Bucaramanga sin abolengos, se graduó como abogado en la Universidad pública del Atlántico, y militó en el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) de López Michelsen, en los 60. Tras la ruptura y la resaca del MRL, Serpa vivió un Santander en el que acumulaba votos la Anapo, florecía la teología de la liberación y se afianzaba la movilización urbana barrial por el acceso a los servicios públicos. También fueron años en que crecieron en el departamento el Eln y las Farc-Ep.

Hace dos años vi a Serpa tomándose un tinto en Bucaramanga y me acerqué a saludarlo. Para entonces me interesaba conocer sobre la suerte de los bocachicos que nadaban en el río Magdalena de mi infancia. “Ya no hay”, me explicó con una sonrisa, “ya el río no es como antes”. Pensé después que he debido preguntarle sobre muchas más cosas, pues siempre había claridad en su sinceridad. Sinceridad sobre los bemoles de la re-

gión, las transacciones con el centro, el clasismo nacional y los obstáculos a cualquier redistribución. En su libro, Luis Pinilla cuenta que cuando fue nombrado alcalde de Barrancabermeja, en 1970, recibió el cargo de manos de Serpa. Serpa le explicó: “Luis, aquí hay muy poco por hacer, porque no hay plata”.

Entonces la política del puerto cerraba las puertas a cualquier conservatismo y exigía mayor inversión por parte del gobierno central, que manejaba las regalías de *Ecopetrol*. En el Concejo reinaba el liberalismo hacia la izquierda. Cuenta Luis van Isschot cómo este Concejo declaró en 1969 la solidaridad con el presidente de Chile, Salvador Allende. Luego de participar en este momento en que la ciudad se imaginó un futuro distinto, Serpa hizo una carrera en Bogotá. Además de representante, fue senador, hombre de partido y procurador general de la acción. Cuando fue nombrado procurador, tanto Barrancabermeja como el departamento amanecían bajo la incertidumbre de la arremetida paramilitar, tras la masacre de La Rochela.

Serpa militó en el mismo Partido Liberal santandereano en que militaban las facciones que financiaron e instigaron la masacre. Facciones que en alianza con paramilitares arrasaron con toda una generación de activismo en Barrancabermeja.

En el imaginario nacional quedan de él quizá malos recuerdos que lo relacionan con la corrupción del oficialismo liberal y el gobierno de Ernesto Samper. Tal vez por esto se ha escrito poco frente a su muerte. Sin embargo, Serpa se lleva su conocimiento sobre el ocaso de la izquierda liberal. A diferencia de López Michelsen y otros tantos, Serpa no fue (en palabras de Turbay) “un plutócrata en comisión dentro de la revolución”. Tendría tanto para contarnos sobre el oficio de conseguir votos en un país cundido de desigualdad, la emergencia y el predominio paramilitar, y también sobre la forma en que el Partido Liberal cedió todo su espacio e ideas al uribismo, tanto en Santander como en el resto de Colombia.

## Ni adelante ni atrás

WILLIAM  
OSPINA



AQUÍ NADIE ESTÁ EN REALIDAD A favor de nadie sino en contra del otro. Los votos azules son votos contra la grosería de Trump y su falta de rumbo en la política, y los votos rojos son votos contra el sistema que encarnan los Obama, los Clinton, incluso en el fondo los Bush.

Los votantes azules temen que se eternice un gobernante egocéntrico, vanidoso, mezquino, que se encontró el poder casi por azar, y que se regodea con él aunque para ello ponga en peligro el futuro del mundo y el primado de los Estados Unidos.

Hay que recordar que nadie tomaba a Donald Trump en serio como posible candidato hasta cuando Barack Obama, envanecido con su triunfo, barrió la sala con él en una cena de corresponsales de la Casa Blanca e hirió fatalmente el orgullo de este empresario. Claro que Trump lo había provocado, dudando con racismo evidente de su origen y exigiendo la presentación de su registro de nacimiento.

Pero aquella noche, mientras todos reían a sus costillas, Donald Trump, que es la soberbia misma, debió prometerse que cobraría la ofensa.

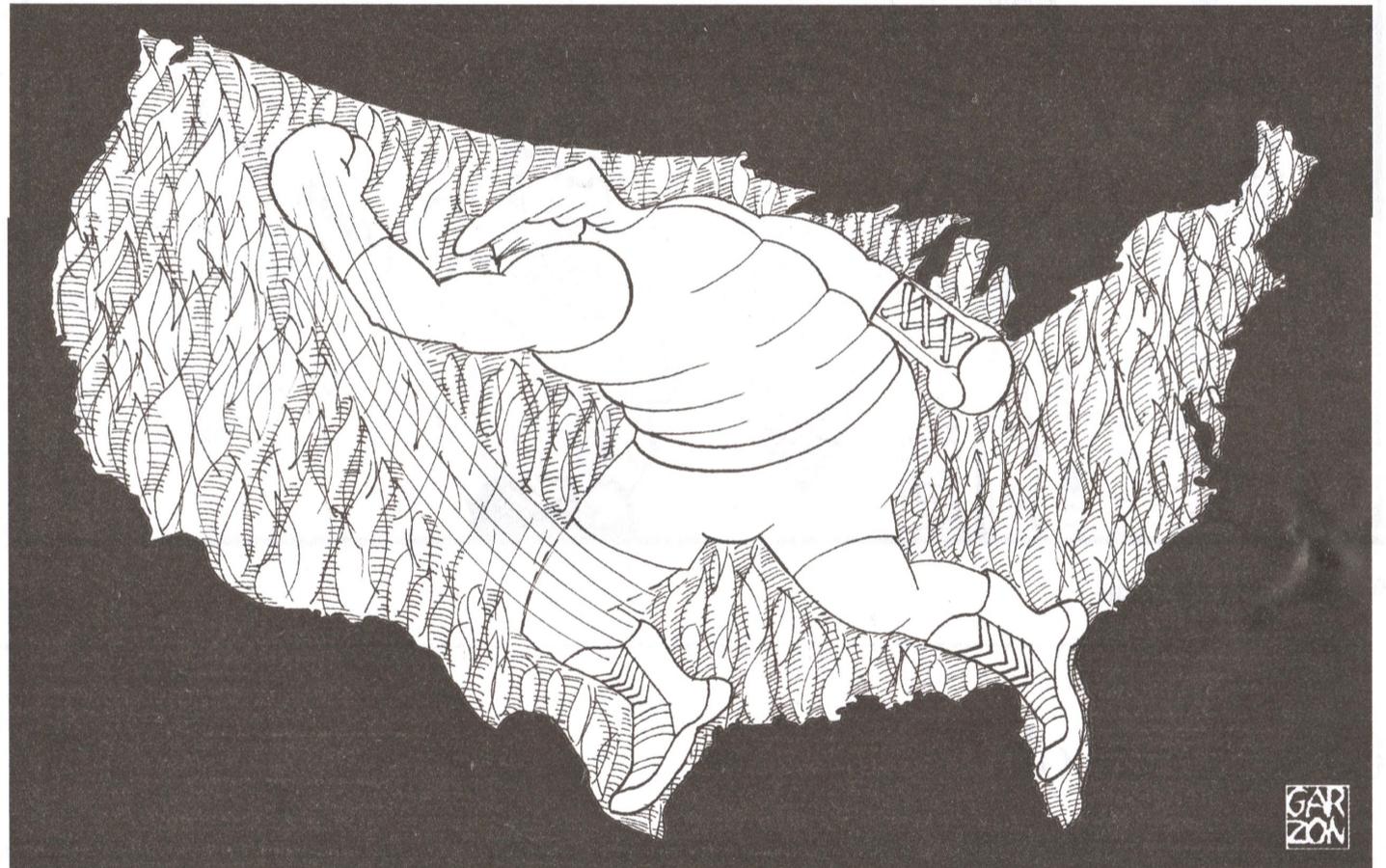
A veces los grandes dramas históricos tienen causas aparentemente triviales, y a pesar de su nobleza esencial hay cierta frivolidad en Barack Obama que, aliada con su pragmatismo, lo lleva a condescender más de la cuenta.

Su gestión de la crisis financiera permitió que millones de personas perdieran sus casas, no fue capaz de poner fin en Medio Oriente a unas guerras infames, no fue capaz de contrariar a los poderes siniestros que mantienen abierto el campo de concentración de Guantánamo, deportó más inmigrantes que nadie, no confrontó al racismo atávico de los cuerpos policiales, no dio el gran salto necesario hacia la transición energética, y apenas sí su programa del Obamacare y su visionaria gestión del drama cubano dieron la medida de su talento de estadista, tan encorsetado por la necesidad de ser recibido y aceptado en el gran mundo.

Trump por su parte parecía contento con su destino de Rico McPato, pero la ofensa de Obama lo hirió hondo, y es posible leer en su rostro en aquella cena desafortunada que el establecimiento que se reía de él pagaría por ello.

Dicen que él fue el primer sorprendido con la sucesión de hechos políticos que lo llevaron de perdedor seguro a candidato de los

## Cartones de Garzón



republicanos. Una sociedad hastiada de los políticos se abandonó fácilmente a los prestigios del hombre rico y famoso.

Trump no lo esperaba, pero cayó en el surco: los supremacistas encontraron de pronto a su vocero, turbios aventureros como Steve Bannon hallaron a la sombra de qué árbol arrimarse, medio país quería desquitarse de los políticos y también quería librarse de la mala conciencia de que el comfortable sueño americano se estuviera convirtiendo en un peligro para el mundo.

Es bueno tener la casa limpia con detergentes y con plásticos, pero es malo que el precio sea envilecer los mares y envenenar el globo. Nos enseñaron que algo bueno no puede producir algo malo: al ciudadano medio que trabaja y paga sus impuestos le incomoda saber que su estilo de vida está matando al mundo, y en los barrios campestres de los Estados Unidos el deterioro del planeta no es tan evidente como en las favelas de Río, en los incendios del Amazonas o en las barriadas infinitas y cenagosas de Nigeria. Así que opta por cerrar los ojos y votar por los adormecedores de conciencias. Y cuando alguien viene a abrirle los ojos a la fuerza, prefiere hacer lo que hacían

los antiguos: sacrificar como ofrenda a los dioses al mensajero del desastre.

Trump sabe lo que quiere oír el buen burgués: somos los mejores, no hay tal cambio climático, solo necesitamos prosperidad e ingresos, no hay sombra que no disipe un televisor encendido, un refrigerador bien surtido y un automóvil oloroso a nuevo esperando en el porche.

La idea del apocalipsis solo es disfrutable por Netflix. Así que Trump tenía la fórmula ganadora: América fue grande cuando no se hablaba de cambio climático, cuando inventamos el automóvil y llenamos de coches el mundo, cuando nadie pensaba que la industria tenía que ser responsable y que el consumo tenía que ser reflexivo.

Qué bueno era ser grandes cuando solo estaban al frente las causas brillantes y no sus oscuras consecuencias: así que apartemos la vista del incómodo presente y hagamos a América grande de nuevo, seamos la América de los años 40, cuando se apagó la guerra y se encendió la televisión. Aquel discurso del hijo de ricos nacido un día después de la guerra no solo tuvo rating: tuvo electores, y Donald Trump vivió el nervioso asombro de

que el electorado lo premiara por enseñarle a ser irresponsable, a seguir a toda velocidad pero con los ojos cerrados.

Y esto no significa que los otros sí vean para dónde van. Los otros son el viejo establecimiento, que siempre hace menos de lo que debiera porque en el fondo también está comprometido con la inercia del modelo. La polarización sería más provechosa si abriera horizontes, si no fuera el choque entre dos maneras distintas de perpetuar los mismos males. Aquí ni siquiera cabe Bernie Sanders, porque quiere cambiar cosas. Por eso no está Alexandria Ocasio-Cortez en el equipo de Biden, tal vez es demasiado joven, es demasiado latina, viene demasiado de abajo.

Y esto son los Estados Unidos del 2020: un país paralizado por la enormidad de los desafíos de la época que ellos contribuyeron como nadie a modelar. Ahora no quieren avanzar ni retroceder: lo de atrás es irreparable, lo de adelante es catastrófico, así que están, y con ellos el mundo, en un tenso equilibrio en el que nada los entusiasma, en el que apenas los mueve el rechazo por lo otro.

Solo hay algo a lo que temen más, y es cambiar de rumbo.